

ploró el afán de Valeria en cambiar de domésticas: ¡aquello era insoportable! Y contándolas con los dedos, habló de una que exigía chocolate por la mañana; otra, que se fué porque el señor era muy sucio para comer; otra, porque la policía fué á buscarla en el momento en que estaba guisando un pedazo de carne; otra, que no podía coger nada sin romperlo; otra, que quería una asistenta que la sirviera; otra, que se ponía los trajes de su ama y por añadidura la dió una bofetada, un día que se atrevió á reñirla. ¡Y todo esto en el espacio de un mes! Ni siquiera le daban tiempo para ir á la cocina á pellizcarlas.

—Y después, añadió, ha tenido á Eugenia. Ya la habrá V. visto, ¡una guapa muchacha, una Venus...! toda la gente se quedaba mirándola en la calle. Con este motivo, la casa fué un infierno durante diez días. Las señoras estaban furiosas. Los caballeros, no hay que hablar. Campardon andaba con la lengua fuera, Duveyrier no hacía más que subir aquí para ver si había fugas de gas. Le digo á V. que se operó una verdadera revolución. Yo desconfié, porque era demasiado apetitosa la chica. Créame V., feas y estúpidas con tal de que haya donde escoger: he aquí mi opinión en principio y por gusto...

¡Y qué buen olfato tuve! Eugenia concluyó por ser puesta de patitas en la calle, el día que su ama se apercibió al ver sus sábanas negras como el hollín, de que recibía por la madrugada al carbonero de la plaza Gaillon: sábanas de negro, cuyo lavado costaba los ojos de la cara. ¿Y qué sucedió? Que el carbonero estuvo muy malo, y que pasó dos cuartos de lo mismo al cochero de los vecinos del segundo que no deja á ninguna á sol ni á sombra. Lo que es del mal del último me alegro, porque me carga.

Octavio logró por fin librarse de su amigo. Dejaba á Troublot en la profunda oscuridad del granero, cuando éste se admiró de pronto.

—Pero ahora que caigo, dijo, ¿quiere usted, picarón, explicarme qué es lo que viene á hacer por estas alturas?

Al oír su respuesta se rió á carcajadas, prometió guardar el silencio, y se despidió de él deseándole una noche agradable. Por su parte esperaba á la puerca de Adela, que cuando estaba con un hombre no sabía abandonarle. Duveyrier no se atrevería á guardarla en su compañía hasta el amanecer.

Al hallarse de nuevo en el cuarto de Raquel, experimentó Octavio otra decepción. Berta no había llegado aún. Enfurecido pen-



saba que se había burlado de él: había ofrecido ir sólo por librarse de sus súplicas. Mientras que él se quemaba la sangre esperando, ella dormía, feliz al verse sola, ocupando á sus anchas el lecho conyugal. Pero en vez de volver á su cuarto y dormir, se obstinó y se acostó vestido proyectando los medios de vengarse. Aquel cuarto de la doméstica le irritaba con sus sucias paredes, su pobreza y su insoportable olor de mujer nada limpia, y no quería confesarse en qué baja su amor exasperado había buscado una satisfacción. Tres campanadas sonaron en un reloj lejano. A su izquierda, se oían los ronquidos de los maritornes robustos; pero lo que más le atacaba á los nervios, era un continuo quejido que oía hacia la derecha, un ¡ay! de dolor exhalado en la fiebre de un insomnio. Al fin reconocía la voz de la ribeteadora de botinas. ¿Por ventura se hallaba en los momentos del parto? La desdichada, completamente sola, agonizaba en un misero lecho en el que apenas había espacio para su vientre.

A las cuatro tuvo una distracción. Oyó á Adela y poco después á Troublot, que corrió á su encuentro. Los dos comenzaron á reñir. Ella se defendía: el casero la había retenido; ¿era suya la culpa? Entonces la acusó Trou-

blot de orgullosa; pero ella se echó á llorar asegurando que no era verdad. ¿Qué pecado había cometido la infeliz para que Dios impulsase á los hombres á buscarla con tanto encarnizamiento? Después de uno, otro: aquello no acababa jamás. Y sin embargo, ella no los buscaba; sus tonterías la causaban tan poco placer, que ni siquiera se aseaba, para no producirles tentaciones. ¡Qué si quieres! Se emperraban más, y no había más remedio. Y sin embargo, ya no podía con su cuerpo: estaba harta de Mad. Josserrand, que se obstinaba en que todos los días había de fregar la cocina.

—Vosotros, añadió sollozando, dormís después hasta más no poder, mientras que yo... duerma ó no duerma, tengo en cuanto amanece que trabajar. ¡No, no hay justicia en el mundo! ¡Yo soy muy desgraciada!

—¡Vamos, duerme! dijo Troublot con una especie de conmiseración paternal... no te molestaré, y eso que muchas mujeres darían algo por ocupar tu puesto. ¡Borrícota! ¡ya que te quieren, déjate querer!

Al amanecer se quedó dormido Octavio. Reinaba un profundo silencio, la ribeteadora no gemía ya, y el sol penetraba por la estrecha ventana, cuando la puerta se abrió despertando bruscamente al joven. Era Berta



que había subido impulsada por un deseo irresistible: al pronto le dominó, pero después buscó tantos pretextos, la necesidad de ver el cuarto, de poner los muebles en orden, si Octavio lleno de ira había deshecho la cama y tirado los muebles al marcharse. Como no creía hallarle allí, al verle levantarse pálido de cólera y en actitud amenazadora quedó cortada, y bajando la cabeza escuchó sus furibundas quejas.

El joven la exhortaba á responderle, á darle al menos alguna excusa. Al fin y al cabo Berta murmuró:

—¡A última hora me fué imposible...! Por lo demás, no era propio... Yo le amo á V., se lo juro; ¡pero aquí no, aquí no!

Y al ver que se acercaba, retrocedió temerosa de que quisiera aprovecharse de la ocasión. Ganas tenía él de ello. Eran las ocho, las criadas y hasta el mismo Troublot se habían marchado ya. Al mismo tiempo que procuraba coger las manos de Berta, diciéndole que cuando se ama á un hombre, se arrostra todo por él, ella protestando que olía mal el cuarto, entreabrió la ventana. El sin embargo, procuraba atraerla, la aturdió con sus caricias é iba á verse obligada á ceder, cuando una oleada de groseras palabras subió por el patio de las cocinas,

—¡Puerca! ¡marrana! ¿has concluido? Toda el agua sucia de tu palancana me ha caído en la cabeza.

Berta temblando, se desprendió de los brazos de Octavio diciéndole:

—¿Oyes? ¡oh! no, aquí no, te lo suplico. Tendría mucha vergüenza... ¿No oyes á las criadas? Su voz hiela la sangre en mis venas... El otro día creí que iba á darme algo... Déjame y yo te ofrezco ir á tu cuarto el martes próximo.

Los dos amantes, no atreviéndose á moverse, quedaron de pié cerca de la ventana oyendo cuanto decían las maritornes.

—Asómate, añadía Lisa furiosa; anda, saca esa cara para que te haga tragar la porquería que echas.

Entonces Adela se asomó á la ventana de su cocina.

—¡Vaya una bulla que armas! dijo, ¿y todo por qué? ¡por un trapo! Has de saber que sólo me ha servido para secar la vajilla, y además, que se ha caído... lo que es yo no lo he tirado.

Hicieron las paces, y Lisa le preguntó qué habían comido el día anterior en su casa. ¡Un guisado como siempre para no variar! Lo que es en una casa como aquella, mientras los amos se atracaban de guisado, ella



se comería buenas chuletas. Y como siempre aconsejaba á Adela que cogiese terrones de azúcar y escamotease los pedazos de carne. Haciéndolo ella, era libre, porque como nunca tenía gana, dejaba á Victoria que robase á los Campardon.

—¡Oh! dijo Adela; el otro día me guardé en la faltriquera unas cuantas patatas. Si vieras cómo me quemaban el muslo. Pero me supieron muy bien... ¡vaya! y también me bebo el vinagre, que me gusta... no me ando con repulgos, lo bebo en la misma botella.

Victoria se asomó á su vez apurando una copa de aguardiente que Lisa le pagaba de vez en cuando por las mañanas, para recompensarla por su amabilidad en ocultar sus escapatorias nocturnas y diurnas; y al notar que Luisa la hacía burla desde el fondo de la cocina de Mad. Juzeur, amenazándola con el puño.

—Anda inclusera, la dijo; como sigas sacando la lengua para burlarte de mí, te la voy á meter en donde no la vea la luz.

—Ven si te atreves, vieja borracha, dijo la pequeña. Ayer mismo te ví vomitar en el plato cuanto comiste.

La basura se removió en aquel centro, y la misma Adela que se inficionaba llenaba de improperios á Luisa, cuando Lisa gritó:

—Ya verás como la hago callar si nos fastidia. Si canallita, con sólo que la diga dos palabritas al oído á Clemencia verás como te arregla. Vuelca el estómago saber lo que sucede... Allí donde la veis, persigue á los hombres... pero callad que ahí aparece su galan... un asqueroso de primera.

Hipólito se asomó á la ventana de los Duvyrier limpiando las botas de su amo. Las domésticas le saludaron con la mayor cortesía porque era de la aristocracia, y despreciaba á Lisa, como Lisa despreciaba á Adela, con más altanería que los amos ricos tienen para los amos pobres. Todas le preguntaron por Clemencia y por Julia. Las pobres se aburrían en el campo, pero gozaban de buena salud. Pasando en seguida á otro asunto.

—¿Habéis oído esta noche á la vecina cómo se quejaba, dijo Hipólito. No había medio de sufrirla. Me estaban dando ganas de gritar: « ¡Revienta de una vez! »

—La verdad es, que el Sr. Hipólito tiene razón, dijo Lisa; nada ataca tanto los nervios como una mujer que padece cólicos. Por fortuna yo ignoro lo que es eso; pero me parece que por muchos dolores que tuviera me los tragaría, con tal de no quitar el sueño á los vecinos.



Entonces Victoria que tenía gana de broma, aludió de nuevo á Adela.

—Di tú, gordota, exclamó, ¿cuándo pariste la primera vez, fué por delante ó por detrás?

En todas las cocinas resonó una carcajada, mientras que Adela, asustada, respondía:

—¡Parir yo! no lo quiera Dios. En primer lugar está prohibido, y luego, cuando una no quiere...

—Hija mía, añadió Lisa con gravedad, los hijos vienen cuando menos se esperan... y lo mismo puede pasarte á tí que á todas.

Con este motivo hablaron de Mad. Campardon, que ella al menos no tenía por qué temer: en su estado era lo único agradable que había. Después pasaron revista á todas las señoras de la casa: á Mad. Juzeur, que tomaba precauciones; á Mad. Duveyrier, á quien disgustaba su marido; á Valeria, que iba á buscar su prole fuera de casa, porque su marido no era capaz de producir ni la sombra de un chico. Y las carcajadas repitiéndose subían, como bocanadas de cieno, por el asqueroso patio.

Berta palideció: no se atrevía á moverse y permanecía con los ojos bajos, confusa, y como violenta en presencia de Octavio. Éste,

exasperado contra las domésticas, pensaba que eran demasiado indecentes y que sus deseos no podían realizarse, con cuyo motivo pasaba de la laxitud á la tristeza. Pero la joven se estremeció: Lisa acababa de pronunciar su nombre.

—Hablando de las porquerías de Luisilla, dijo: recuerdo á otra que no ha debido ser menos. Di, Adela, ¿no es verdad que tu señorita Berta se divertía sola? Nadie mejor que tú debe saberlo, puesto que lavabas su ropa sucia.

—Ahora hace que la divierta el dependiente de su marido, añadió Victoria.

—¡Silencio! murmuró Hipólito.

—¿Por qué razón? El camello de su criada no está hoy en casa... Es una tuna, capaz de devorarla á una, cuando se habla mal de su ama. Es judía, y se cuenta que en su propia casa asesinó á uno... No sería extraño que el bello Octavio la consolara también de vez en cuando.

Berta, atormentada por una angustia indecible, fijó los ojos en su amante, y como si implorase su auxilio, balbuceó con acento de dolor:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Octavio cogió su mano y la estrechó con efusión, ahogado también él por una ira im-



potente. ¿Qué hacer? Le era imposible presentarse para imponer silencio á aquellas deslenguadas. Las groseras palabras continuaban, palabras que la joven jamás había oído, y por lo visto todas las mañanas, sin que lo sospechara, corría al lado suyo aquel arroyo de aguas sucias. Sus amores, tan cuidadosamente ocultos, se arrastraban en medio de aquellas inmundicias. Aquellas criadas lo sabían todo sin que nadie hubiera hablado. Lisa, contaba cómo Saturnino tenía la vela; Victoria, se reía de las jaquecas del marido; la misma Adela se burlaba de su señorita, cuyas interioridades revelaba á sus compañeras. Y una burla asquerosa manchaba los besos de los amantes, sus citas, todo lo que aún había de bueno y delicado en sus ternezas.

—¡Agua va! gritó de pronto Victoria... son las zanahorias de ayer, para que se regale el canalla del portero.

Las criadas solían arrojar al patio los desperdicios, para que M. Gourd se viera obligado á barrerlos.

—Pues yo le regalo unos riñones podridos, dijo Adela, imitando á la cocinera de Campardon.

Todo cuanto había en las cazuelas, las pieles, las cortezas, todo cayó en el patio;

mientras que Lisa se ensañaba contra Berta y Octavio, desenmascarando las farsas con que cubrían el adulterio. Los dos permanecían con las manos unidas, mirándose cara á cara, sin poder separar los ojos el uno del otro, y sus manos se helaban y sus ojos se confesaban lo indigno de sus relaciones, al ver las debilidades de los amos pintadas por el odio de la domesticidad.

—Han de saber ustedes, añadió Hipólito, que el tal Octavio no hace caso de la beata, aunque lo parece. Se acercó á ella para ensayarse en la conquista de las mujeres. ¡Oh! en el fondo, á pesar de su aspecto, es un avaro, un tunarra sin escrúpulos, que fingiendo amar á las bellas, las saca los ojos de la cara cuando puede.

Berta miraba á Octavio, y se ponía tan amarillo, se descomponía de tal modo, que la daba miedo.

—Allá se van los dos, dijo Lisa. Tampoco daría yo dos cuartos por ella. Mal criada, con el corazón duro como una piedra, sin cuidarse de nada de lo que no le ofrece algún placer, entregándose á cualquiera por el dinero... sí, por el dinero, sé bien lo que me digo, y apuesto cualquier cosa á que no siente placer con ningún hombre.

Los ojos de Berta se llenaron de lágrimas,



Octavio vió los efectos que aquellas acusaciones producían en su rostro, y también se asustó. Los dos se hallaban desenmascarados, uno en frente del otro y no podían protestar. Entonces la joven, sofocada por aquella boca hedionda que la abofeteaba, quiso huir. Él no la detuvo, porque el disgusto de sí propios que experimentaban hacia de su presencia una tortura, y aspiraban al consuelo de no verse.

—Me has ofrecido ir el martes próximo á mi cuarto, dijo él.

—Sí, sí.

Y se alejó sin saber lo que la pasaba. Octavio se quedó solo paseándose, y haciendo un paquete con las sábanas que había llevado. Ya no escuchaba á las criadas, cuando una frase que llegó á su oído llamó su atención:

—Le digo á V. que M. Hedouin murió anoche... decía una voz. Si el bello Octavio lo hubiera previsto hubiera continuado haciendo la rueda á Mad. Hedouin, que es la que tiene la llave del arca del dinero.

La noticia sabida allí, en aquella cloaca, resonó en el fondo de su sér. ¡M. Hedouin había muerto! Y un pesar inmenso le invadió, obligándole á exclamar en alta voz:

—¡Hice una tontería al marcharme de su casa!

Al bajar Octavio con el lio de ropa encontró á Raquel que subía á su cuarto. Si tardan algunos minutos más en separarse los sorprende. Abajo halló á su ama llorando; pero en aquella ocasión no pudo obtener de ella ni una palabra ni un céntimo. Furiosa, comprendiendo que se aprovechaban de su ausencia para verse y escamotearle sus beneficios, dirigió al joven una mirada preñada de amenazas. Una singular timidez de estudiante impidió á Octavio darle una moneda de diez francos, y deseo de mostrar que su espíritu era independiente entró bromeando en casa de Maria, cuando un gruñido, que partió de un ángulo de la habitación le hizo volver la cara: era Saturnino que se levantaba, diciendo:

—¡Ten cuidado...! ¡Somos enemigos de muerte!

—Precisamente era aquel día 8 de Octubre y la ribeteadora de botinas debía mudarse antes de las doce. Desde hacía una semana M. Gourd vigilaba el vientre de la pobre mujer, con un terror que se aumentaba de hora en hora. No era posible que aguardase al día 8. La infeliz había suplicado al casero que la concediese algunos días más hasta salir de su cuidado, pero Duvoyrier se había negado, escuchando aquel ruego con



la mayor indignación. A cada instante sentía dolores la pobre, y aquella misma noche había creído llegado el instante de su alumbramiento. Después, á las nueve, comenzó á hacer la mudanza con gran trabajo, teniendo que apoyarse en las paredes y sentarse á cada momento.

M. Gourd no descubrió sin embargo ningún hombre. Se habían burlado de él; y con esta idea manifestaba en su rostro la sorda cólera que ardía en su pecho. Octavio, que le halló en la escalera tembló, pensando que también él sabría sus amores. Era posible que estuviera enterado, pero no por eso le saludó con menos finura, porque, como él decía, lo que no le importaba le tenía sin cuidado. Aquella misma mañana se quitó la gorra al pasar la señora misteriosa, que salía del cuarto del inquilino del tercero, dejando en la escalera un rastro de perfume de verbena, y también había saludado á Troublot, á Valeria y á la otra Mad. Campardon. Eran inquilinos y á él no le importaban un ardite, ni los jóvenes sorprendidos al abandonar los cuartos de las criadas, ni las damas que cruzaban la escalera en peinador inexplicable. Lo que sí le importaba, era escudriñar bien los pobres muebles de la obrera, como si esperase ver salir de al-

guno de los cajones, al hombre que buscaba con tanto ahinco.

A las doce menos cuarto se presentó la ribeteadora con la cara amarilla como la cera y sin poder andar apenas. M. Gourd tembló hasta que la vió en la calle. En el momento en que le entregaba la llave pasaba Duveyrier por el portal, tan fatigado de los excesos de la noche, que los granos de su rostro hasta manaban sangre. Al ver á la mujer afectó una severidad de implacable moral: ella bajó la cabeza, llena de vergüenza, y se fué detrás del carro de mano que llevaba sus muebles..

Entonces apareció triunfante M. Gourd, y como si con la obrera se hubieran ido de la casa todas las inmundicias y deshonestidades que la manchaban, dijo al casero:

— ¡Nos hemos librado de buena! ¡Ahora podremos respirar...! Lo que es á mí se me han quitado de encima cien arrobas de peso. En una casa que se respeta es preciso no admitir mujeres, y sobre todo, ¡mujeres que trabajen para vivir!